

## Leopoldo Castedo: muerte y regreso

La noticia aflora en el oído, repentina como una castañuela quebrada: en un vuelo a Madrid ha fallecido el historiador Leopoldo Castedo. Sus restos se cremarán en la patria de origen y serán luego transportados a Chile, en el ligero avión que sin saber se le convierte en ataúd.

Casado con poetisa chilena, Carmen Orrego, en Madrid le lloraba Pilar, mucho antes de morir. Pilar Mira, pianista española con veinte años de residencia en Chile, madre de Beatriz, la hija pintora, y de una hija enferma que añoraba a su padre; Pilar, que daba conciertos en el Salón Dorado del Palacio Vergara, cuando presidía Pro Arte la escultora Nina Anguita, sobrina del legendario Joaquín Lepeley, director durante 50 años de El Mercurio porteño.

Pilar no se repuso de haber perdido el amor y la larga nariz, no lo digo en forma irrespetuosa, del célebre Castedo que se le fue, de todo, menos del alma, como una mariposa de alas, a lo mejor, demasiado grandes o inquietas. Pilar ofrecía conciertos en el Municipal de Viña y Santiago, pero parece que no era suficiente...

Después vino la escritora chilena que le dio una hija escritora, Elena Castedo, la novelista autora del best seller norteamericano, Paraíso.

Es la vida. Leopoldo Castedo, navegante del "Winnipeg", ancló en Chile como una carabela española y con los años se fue convirtiendo en pesonaje. Feo y sagaz, culto y arrogante, "todas las mujeres se enamoran de él", aseguraba Pilar en el verano madrileño del 95, cuando la conversación terminaba recayendo en él, como un abanico melancólico.

Cantarina por el acento hispánico, pese a su larga residencia en Chile, la pianista

Pilar Mira, parecía cantar hasta cuando lloraba por "su" Leopoldo. O serían sus manos, antaño musicales, que se fueron alejando de la música y los conciertos que ellas ofrecían, como si esa etapa de su vida perteneciera a otra mujer, las que prestaban a su nostalgia una reiteración de partitura inconclusa...

A veces se conoce de este modo a los más serios intelectuales, a través de la ráfaga humana que puede llegarnos a través de otros seres que alguna vez compartieron sus vidas. Entonces se nos vuelven de carne y hueso, no de distinciones académicas y graves trabajos que los visten de papel y ausencia.

En una entrevista, el poeta Rafael Alberti se equivoca al decir que a Chile no viajaron intelectuales ni artistas en aquel barco que atracó al muelle de Valparaíso, el "Winnipeg", luciendo en su proa el gran cartel con el retrato del Presidente Aguirre Cerda. Dio prioridad a los trabajadores de mar, sobre todo, pescadores, que iban a fundar en el puerto de Talcahuano grandes pesqueras. Incentivadoras del espíritu pesquero de los chilenos, que al parecer no era demasiado grande. Desde luego, los pescadores no se metían al mar con botas de goma, sino con los pies desnudos. Fue una de las inmediatas enseñanzas hispanas. Muy distintas a las de hoy, por cierto. Ese aporte le interesó destacar al viejo poeta de "Marinero en tierra". Pero ocurre que si llegaron artistas como Roser Bru, José Balmes, hoy tan queridos en Chile, por nombrar sólo dos. También intelectuales como Leopoldo Castedo. Puede que en un grupo de dos mil españoles llegaran más pescadores que pintores, pero eso no les quita importancia ni a los unos ni a los

otros. Por el contrario. El propio Alberti, aún anclado en su ancianidad que lo vuelve casi incorpóreo en su Andalucía natal, pasó sus años de exilio muy cerca de nosotros, al otro lado de la cordillera andina, en la ciudad de Buenos Aires, en donde se quedó en definitiva con su esposa María Teresa León. Ella fue la guionista de una película sobre el poeta Gustavo Adolfo Bécquer, que se filmó en Buenos Aires inspirada por el libro que María Teresa escribió sobre la vida del poeta de las Rimas y Leyendas. La protagonista femenina fue la actriz Delia Garcés, que viajó a Chile con un Alberti muy elegante, de cuello y corbata, que dictó una conferencia en el mismo Salón Dorado por el cual pasaron tantos pianistas y conferencistas en los años de Presidencia de doña Elvira Ramos de Larraín, años fundadores que contaron en su directiva al ex senador Pedro Ibáñez Ojeda, el crítico Tomás Eastman Montt (pariente de Teresa Wilms Montt por el lado de su madre, Luz Montt) el poeta y periodista Fernando Durán y muchos otros.

Leopoldo Castedo amó a Chile, dejó una vasta obra en este extremo austral del mundo y fue un orador del cual siempre hubo admirativas referencias y recuerdos.

Era una sólida figura y el anuncio repentino de su muerte, como todas las muertes, nos ha llevado a estas rápidas evocaciones en que él, ya estatua de ceniza, permanece al centro, con ese pálido desconcierto que parece pintarse en el rostro de los que se van, después de haber hecho suyo otro país del cual no sólo adquirieron la nacionalidad, sino tal vez el último deseo de ser llevados en el más leve y último sueño, a dormir definitivamente en él.

## Leopoldo Castedo, muerte y regreso [artículo] Sara Vial

### Libros y documentos

#### AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

#### FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

#### FORMATO

Artículo

#### DATOS DE PUBLICACIÓN

Leopoldo Castedo, muerte y regreso [artículo] Sara Vial. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile